

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

5. LA EXPANSIÓN HACIA EL OESTE Y EL EXTERMINIO DE LOS BISONTES

“Búfalos” en informes sobre tierras occidentales

La historia de los bisontes durante el siglo XIX registra en su primer decenio varias expediciones que insistían en su carácter de “científicas”, las que, entre otras muchas cosas, dieron cuenta de la situación de esos animales al iniciarse la centuria. El financiamiento para esos viajes provino del gobierno de los Estados Unidos y de su presidente Thomas Jefferson, desde entonces atento al futuro próximo de las necesidades geopolíticas de su país. En el año de 1804, por el mes de octubre, patrocinó una expedición que se dirigió hacia el suroeste, y que recorrió sólo una parte de los ríos Mississippi, Rojo y Ouachita, llegando hasta los ojos de agua caliente llamados Hot Springs. Fue encargada a William Dunbar, comerciante y plantador de algodón de origen escocés. Tanto él como su segundo en el mando, George Hunter, redactaron en sus diarios sus experiencias en la Luisiana, en donde permanecieron entre el 16 de octubre de 1804 y el 31 de enero de 1805.

En sus escritos, por supuesto, ocuparon un importante lugar los “búfalos”. Dunbar se asombró de las planicies cercanas al río Rojo por la fertilidad y la belleza de la vegetación, por su atmósfera saludable y por la que llamó “excelente calidad del agua”, en unas tierras habitadas por “algunas tribus salvajes” que se movían en la dirección de las “inmensas manadas” de ganado nativo de esas tierras. Apuntó que los franceses de su tiempo llamaban a esos animales bisontes, mientras los anglos le decían “búfalos”, y detalló que de acuerdo a las estaciones éstos hacían “migraciones regulares” de sur a norte, o de los valles a las montañas, y a su debido tiempo, emprendían ambas direcciones en sentido contrario.¹

¹ *Pichardo's Treatise on the limits of Louisiana and Texas*, v. II, p. 81.



El mismo Thomas Jefferson, desde el año de 1803, había favorecido otro largo viaje expedicionario –el cual se prolongaría hasta 1806– que tuvo lugar a lo largo y ancho de las tierras regadas por el Missouri, en un trayecto que buscaba abarcar desde la costa Atlántica hasta el océano Pacífico. Los expedicionarios de esta segunda aventura –considerada más importante que la primera y que estuvo más llena de accidentes– fueron los capitanes de la armada Meriwether Lewis y William Clark, quienes, entre el año de 1803 y 1806, exploraron un vasto territorio siguiendo el cauce del río Missouri, por agua, a caballo, o a pie, trayendo a su regreso valiosa información, que marcaría, en adelante, los deseos del gobierno por expandir sus dominios hasta el océano Pacífico. Además de informar sobre la flora y la fauna, debían hacer la cartografía de cada región y también registrar a “las naciones indias” –de las que llegaron a conocer a más de 50– para pactar con ellas tratos comerciales.

Hacia el final de agosto de 1804 alcanzaron los límites de las Grandes Planicies, donde encontraron “abundancia de búfalos, alces, venados y castores”. Los “búfalos” serán, en efecto, referidos en varias ocasiones a lo largo de su viaje y ambos personajes nos darán a entender en sus diarios que los esperaban con expectación. Clark, por ejemplo, anunciaba, al tiempo que habían navegado unas 858 leguas por el Missouri, que “los salvajes” les habían dicho que detrás de una montaña estaba el mar, pero que en ellas había muchas rancherías habitadas por diferentes naciones que compartían tierras y praderas con multitud de “búfalos”, castores y venados.²

Hacia el mes de julio de 1806 Lewis y Clark decidieron dividirse en dos grupos con objeto de recorrer más ampliamente la Luisiana. Al primero le tocó subir por el río Blackfoot, donde encontró las planicies a las que acudían los nez perce para sus cacerías de bisontes. Pocos días más tarde vio al primer ejemplar y con orgullo pudo reportar en su diario, el día 8 de julio, que se encontraron con cerca de 10000 cabezas de ellos, en un círculo que no medía más de 4 kilómetros.³

² *Ibid.*, v. III, p. 289.

³ Thomas Schmidt y Jeremy Schmidt, *The Saga of Lewis and Clark into the Uncharted West*, New York, DK Publishing Inc, 1999, p. 88-92.

Revelaciones a propósito de la Nueva España

Un invitado de honor del presidente Thomas Jefferson, en aquellos años de euforia expansionista, fue el geógrafo, naturalista, explorador y también barón alemán Alexander von Humboldt. Este visitó los Estados Unidos durante el primer semestre de 1804, después de haber recorrido, durante poco más de cuatro años, varias colonias españolas del Nuevo Mundo. Fue recibido unas semanas en Washington y Filadelfia, donde oyeron con atención sus experiencias, informes y opiniones, en especial los relativos a la Nueva España, que precisamente había visitado el año anterior, y cuya documentación y mapas prestó para que se hicieran copias, de las que mucho se ha mencionado su utilidad en las miras del mandatario de hacer crecer su nación hacia el oeste aprovechando, en general, las debilidades de los gobernantes novohispanos y en particular su descuido respecto de su frontera norte.

Ya de regreso en su tierra natal Humboldt escribió sus experiencias a propósito de sus viajes, en donde se refirió inevitablemente a los bisontes, de los que agregó algunos datos interesantes, acompañados de ilustraciones que pronto se hicieron famosas y que caracterizaron la presencia de esos animales y el modo de ser cazados en el norte de América a los inicios del siglo XIX. Polemizó con López de Gómara, quien dio a entender, hablando de las “vacas corcovadas”, que se trataba de un ganado que los habitantes septentrionales pastoreaban. La observación del berlinés al respecto fue que tal como ya lo había escrito en su obra *Cosmos*, “en parte alguna se hallaron huellas de vida pastoril al descubrirse las Américas”.⁴

Sin embargo, páginas adelante se contradijo al volver a referir lo dicho por Gómara, esta vez sin ninguna crítica, apoyándose en un dato que, según Humboldt, provenía del naturalista Benjamin Smith Barton, quien en *Fragments of the Natural History of Pennsylvania*,⁵ “en el tomo I, pagina 4”, habría asegurado que algunas razas del Canadá Occidental, “no desconocían el cuidado de los ganados y criaban búfalos americanos por causa de su carne y su piel”.⁶ Lo interesante

⁴ Alexander von Humboldt, *Cuadros de la naturaleza*, México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI, 1999, p. 84. La primera edición en alemán fue en 1808, y luego hubo otra en 1849 que él mismo revisó.

⁵ Fue publicado por primera vez en 1799.

⁶ *Ibid.*, p. 164.

del asunto, es que Barton –quien por cierto fue asesor de la colección botánica de los expedicionarios Lewis y Clark y conoció a Thomas Jefferson– si bien escribió otros trabajos sobre los indios y sus costumbres, en el libro que cita Humboldt estudió a las aves y no mencionó a ningún cuadrúpedo.

En todo caso, lo que al científico alemán le parecía “notable”, es que el que llamó “búfalo o bisonte del norte de América” hubiera influido en los descubrimientos geográficos de regiones montañosas que no tenían caminos trazados. Dijo que en rebaños “de muchos millares” y durante el invierno, buscaban un clima más suave hacia el sur de Arkansas, alabando su costumbre –dado “su tamaño y forma maciza”– de no subir, sino de rodear las montañas, estableciendo así los mejores caminos para los que querían atravesar los montes del Cumberland en el sudoeste de Virginia y Kentucky, o, por ejemplo, en otras regiones cercanas a los ríos Colorado, Mississippi y Ohio. También, citando un número de la revista *Archaeologia Americana* de 1836, dio cuenta de la realidad que empezaba a imponerse a los inicios del siglo XIX en los Estados Unidos, donde “los progresos de la colonización europea”, ya habían expulsado a las manadas de bisontes de las regiones más orientales.⁷

“Búfalos, bisontes y cíbolos” en las descripciones de México

En ese siglo XIX proliferó el interés sobre el país que a partir de 1821 dejó de nombrarse la Nueva España, y que heredó, en su gran mayoría, la territorialidad que esta había afianzado desde 1819. Muchos gobiernos extranjeros pusieron atención a su geografía y a sus riquezas naturales, en especial los de Inglaterra y Estados Unidos, que continuaron, con más pujanza, el apoyo a toda noticia, expedición y dosieres que reportaran la situación política y las posibilidades económicas de sus distintos territorios. Algunos de estos informes fueron publicados muy pronto. Es conocido, por ejemplo, el del encargado de negocios del gobierno de Inglaterra, Henry George Ward, el cual vivió en México entre 1825 y 1827 y quien en Londres y en menos de dos años después de la última fecha, dio a conocer un libro donde no sólo narró su experiencia, sino en el que informó

⁷ *Ibid.*, p. 84.

sobre posibilidades y expectativas mineras, comerciales y agrícolas. Lo que nos interesa especialmente de la edición de este texto es la inclusión de un anexo, que se debió a la pluma del también británico Arthur Wavell, titulado “Informe sobre Texas”, región que él conoció en aquel mismo decenio de los veinte.

La mirada del militar que era Wavell se impone en la estructura de su noticia, en la que caben los datos sobre lo lucrativo que era ahí comerciar con los indios todo tipo de pieles, o sobre las mercancías que llevaban los extranjeros para intercambiar con ellos como “cuentas, espejos pequeños, pistolas, rifles comunes, bayetas, cuchillos, municiones, leznas (punzones), bermellón y alcohol”. Con respecto a este último si bien señala que a las naciones indígenas les gustaban mucho las bebidas alcohólicas, también agrega que se habían prohibido por la ley, “porque en ellos actuaba como un veneno”.⁸

Dos personajes principales, ocupan, además, las páginas de Wavell: los bisontes y la nación comanche. Con respecto a los primeros dijo, quien sabe por qué, que “el búfalo o bisonte era conocido en esa región como *bonassus*”; que desde el norte, bajaba en el invierno hacia Texas en grandes manadas; que su carne y en especial la de su joroba era excelente y “más apropiada que la de res”; que su olfato era tan agudo, que sólo era posible aproximársele contra el viento; que si no estaba herido, era tímido, pero que, lastimado, se volvía impetuoso e irresistible; que era muy activo y poderoso por su “tremenda carga”; que tenía una apariencia “terrible” al embestir de frente a causa del pelo largo e hirsuto que cubría su cabeza y su pecho; que resoplaba y bufaba de manera ensordecedora; y que hacía daño con sus cuernos gruesos en su base, cortos, y muy puntiagudos.⁹



En el mismo tenor de Humboldt y Wavell, se encuentra el escrito del alemán E. Mühlenpfordt, quien permaneció en México entre los años de 1827 y 1834 como empleado de *Mexican Company*, un

⁸ Arthur Wavell, “Informe sobre Texas”, en Henry George Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 744.

⁹ *Ibid.*, p. 748-749.

consorcio dedicado a la explotación minera. Durante su estancia en el país, recopiló mucha información sobre la situación política, económica y social de la República Mexicana, datos que siguió coleccionando en Alemania entre 1834 y 1844, año este último en el que dio a conocer su libro. En el capítulo dedicado a los animales, se refirió a los bisontes. Se vio precisado a dar el nombre científico del animal que los mexicanos de su tiempo llamaban “cíbolo”, diciendo, como lo hizo Wavell, que se trataba de *Bos bonassus* –clasificación que se usa para designar al bisonte europeo– y con mucho detalle relató sus costumbres migratorias, la calidad de su carne y de su lengua, los métodos de caza de los indios, la manera como estos curtían las pieles y los usos de éstas, repitiendo punto por punto el escrito de Wavell en su “Informe sobre Texas”.

La “vibrante hazaña” de su cacería

Las formidables manadas de caballos sin dueño y sin domar, vagando por Texas, fueron reportadas por muchos viajeros. En el caso del naturalista francés Luís Berlandier, quien anduvo por allá entre 1827 y 1831, enviado por el gobierno mexicano como parte de una comisión de límites territoriales, éste opinaba al respecto que no había que exagerar tanto el número de rebaños de venados y de caballos salvajes, en especial el de estos últimos, porque “ya habían sido destruidos por los indios”.¹⁰ Incluyó en su diario un relato a propósito de la caza del oso y del cíbolo en el noroeste de Texas, realizada hacia el mes de noviembre de 1828. Relató ahí que a esa aventura los acompañaron varios comanches –quienes, dijo, llamaban al bisonte *cuttse*– que los ayudarían en la cacería, y dio cuenta de cómo fueron encontrando muchas huellas de oso y de cíbolo, aunque también rastros de otros cazadores, pisadas todas que decidieron seguir.

Esas señales en el camino los condujeron a “países cubiertos de bosques de encinas”, luego a unas llanuras desnudas y áridas, más adelante a otras zonas boscosas, hasta que, por fin, un vigía avistó en una planicie cercana, “una partida de cíbolos” acostados en la

¹⁰ Luís Berlandier, *Diario de viaje de la comisión de límites que puso el gobierno de la república bajo la dirección del exmo Sr. general de división Don Manuel de Mier y Terán. Lo escribieron por su orden los individuos de la misma comisión D. Luís Berlandier y D. Rafael Chovel*, México, Tipografía de Juan R. Navarro, 1850, p. 90-91, 103, 115, 126, 129-30, 133.

tierra, esparcidos por la pradera. En esa ocasión no pudieron cazar ninguno, porque el viento advirtió a los animales su olor y su ruido. Berlandier, entonces, aprovechó la ocasión que le brindaba la narración de ese asunto, para hablar, en general, de los métodos y los tiempos de caza, tanto de militares, como de “particulares”. Dijo que cuando encontraban una manada, se dividían en dos partes, unos a pie y otros a caballo, colocados estos estratégicamente en algunos lugares, para perseguir a los cíbolos que echaban a correr.

Usaban caballos mansos y adiestrados que se acercaban al animal hasta ponerse a tiro de fusil, lo que podían conseguir si no hacían ruido, aprovechando que los cíbolos estaban acostumbrados a los caballos silvestres. Describió como una enorme ventaja para los cazadores hábiles que cuando acertaban con el fusil y el cíbolo caía herido, venían los otros “a oler su sangre y comenzaban a mugir sin separarse de él”, pudiendo el cazador, desde un mismo lugar, matar a todos. En el caso de que el ruido del fusil los asustara y huyeran, los de a caballo los perseguían “con el fusil, o con la media luna”, si bien él prefería la primer arma, por ser el método de la segunda “penoso y peligroso”. Con admiración hacia los bisontes concluyó que se trataba de un “soberbio animal” que resistía a grandes heridas, o escapaba con el cuerpo lleno de balas, “a morir en la soledad de los bosques o en el fondo de una cañada”.¹¹

Su objetivo al traer a cuento datos sobre los cíbolos, que había leído en varias crónicas de los tiempos en los que México fue colonia de España, fue subrayar que los bisontes que arribaban a las inmediaciones de Béjar cuando empezaba el invierno eran cada vez menos, y recordó la época en que llegaban a pasar el río Grande hacia el Nuevo Reino de León. Agregó que su número disminuía cada día, a pesar de la poca población, y que ya habían desaparecido de Florida, acosados por “la actividad anglo-americana”, mientras resistían en el norte de Texas, después de que a fines del siglo XVII habían avanzado más hacia el sur y que en el XVIII llegaban incluso cerca del presidio de San Antonio Béjar, adonde ya no había prácticamente ninguno.¹²

Según Berlandier las “emigraciones continuas” de los cíbolos eran del noroeste al sureste y viceversa, y si bien mencionó a los huasa y a

¹¹ *Ibid.*, p. 264-265.

¹² *Ibid.*, p. 263-265.

los lipan como dos grupos que vivían de esa caza, por la que además se hacían la guerra, colocó a los comanche como la nación guerrera que los perseguía más, agregando, sin embargo, que su destrucción diaria también estaba en manos de los “particulares y de los militares de los presidios”. Al respecto, mencionó, por último, que era frecuente ver la caza inmoderada de cíbolos por obtener únicamente sus lenguas o la lana de la cabeza. Estaba convencido, de que había que buscar el modo de reducir a los bisontes a la domesticidad para ayudar en los trabajos agrícolas, en un esfuerzo que debía implicar a varias generaciones, para lo que propuso que fueran separados de sus madres a los pocos días de nacidos, ya que después, dijo, se hacían “tan soberbios”, que preferían morir de hambre a comer lo que se les daba. Finalmente, incluyó el recuento de más partidas de cíbolos que fueron encontrando y que les sirvieron de diversión al momento de perseguirlos y cazarlos, aunque, por supuesto, también de alimento, y no dejó de mencionar la presencia de algunas manadas de toros y de vacas comunes y sin dueño que, en mucha menor medida, deambulaban en Texas, dejando también sus huellas, fácilmente identificables para los cazadores experimentados.¹³

Interés de los franceses por el “boeuf du Canadá”

La subvención de instituciones dedicadas al conocimiento y clasificación de la flora, la fauna, la geología, o, entre otras muchas cosas, de los fósiles de América, también interesó a países como Francia, donde en el año de 1836 apareció publicado *Voyage Pittoresque dans les deux Amériques*,¹⁴ un libro muy reeditado a lo largo del decimonono, a cargo del naturalista francés Alcide D’Orbigny. Su interés por América se había iniciado años antes, cuando entre los años de 1826 y 1833 había conocido varios países de América del Sur, en una febril actividad científica que llevó a cabo como comisionado del Museo de París. *Voyage Pittoresque...*, es un libro curioso que reúne relatos sin firma, testimonios de observadores recientes y fragmentos de textos afamados, muchos de ellos escritos desde el siglo XVI por

¹³ *Ibid.*, p. 266-280.

¹⁴ *Voyage Pittoresque dans les deux Amériques*, publié sous la direction de M. Alcide D’Orbigny, Paris, Chez L. Tenré, et Chez Henri Dupuy, 1836.

varios cronistas y expedicionarios. El largo subtítulo explicita que se trata de un “resumen general” de, por citar algunos, Cristóbal Colón, Las Casas, Oviedo, Gómara, Acosta, Humboldt, Neuwied, Lewis y Clark, etcétera, y quizá por eso D’Orbigny apunta en la introducción –único texto firmado– que el lector tiene en sus manos el examen minucioso de un “viajero ficticio” que recorrió varias partes del continente americano. Su temática generaba todavía en el siglo XIX gran expectación entre un público lector, que, con mucho, rebasaba las fronteras del mundo de la academia y la política.

Al referirse a las posesiones inglesas en América del Norte, destacó la presencia del bisonte, según él “nombrado allá boeuf de Canadá”. Y como todos los autores que he citado a lo largo de este libro no resistió la tentación de describirlos. Empezó por las definiciones comunes, afirmando incluso que las crines de la cabeza les daba “un aire horroroso”. Aludió a su fino olfato y a que, una vez herido, se precipitaba sobre los cazadores. Con respecto a la joroba dijo que la de esos bueyes “comenzaba en las caderas e iba creciendo hasta los hombros”, y de la figura en general anotó que tenían “la grupa muy fina [y] el pecho grande, con una cabeza muy gruesa”.

Animales con ojos de luna en cuarto creciente

El famoso George Catlin, estadounidense nacido en Wilkes-Barre, Pennsylvania, sintió desde niño gran admiración y respeto por las tribus originarias, con las que decidió convivir entre los años de 1830 y 1838 y de las que hizo numerosas pinturas y relatos de primera mano. Llevó a cabo varios viajes al oeste, en un radio que incluyó desde San Luis, Missouri, hasta territorio comanche, pasando en medio de muchos pueblos de las Grandes Llanuras, el alto Mississippi, el fuerte Leavenworth, las Montañas Rocosas o Rocallosas, el Lago Salado, y los fuertes Pierre, Unión y Clark. Aunque cursó una carrera breve como abogado, su verdadero gusto estaba en el grabado y el óleo que dominaba a la perfección y que le permitió terminar más de 500 imágenes a propósito de las 50 naciones indígenas que conoció, de sus principales personajes y de sus tradiciones, que expuso luego en varias ciudades de los Estados Unidos y de Europa, y en las que, por supuesto, un personaje inevitable fue el generoso y cada vez más codiciado “búfalo”.

Esa enorme e importante colección de pinturas fue acompañada, la mayor parte de las veces, por una pequeña explicación que escribió él mismo. En cuanto a los animales de nuestro interés dejó más de 13 láminas dando cuenta, con bastante dramatismo y emoción, de su porte; de los distintos modos de cazarlos entre indios y colonos y de la gran aventura, casi, según él, heroica, que significaba para estos últimos; de los ritos de los indios antes de las cacerías; de los ataques de los lobos a los bisontes enfermos o viejos; y de los animales heridos y agonizantes después de una agotadora persecución. Le parecía el más grande e impresionante de los rumiantes de Norteamérica que, como ningún otro animal, había contribuido al sustento del hombre, destinados ambos por el *Gran Espíritu* a viajar juntos por las inmensas y casi interminables regiones de bosques y praderas.¹⁵

Ofreció a sus lectores un “retrato fidelísimo” de ese animal para que vieran que los “búfalos americanos” en nada se parecían a los búfalos orientales, planteando que se trataba de especies muy distintas. Señaló que de los inmensos rebaños de estos animales que una vez habitaron “casi toda Norteamérica”, desde las provincias mexicanas del norte hasta la Bahía de Hudson, para el tercer decenio del siglo XIX sólo eran más abundantes en la base de las Montañas Rocosas. En un instante –escribió– se podía advertir su fuerza gigantesca y criticó a los avarientos que creían que podía encontrarse el modo de someterlos al yugo, equiparando su falta de mansedumbre y docilidad con la de “las naciones indias” que, frente a los “civilizados”, tenían “la firmeza de resistirse a la esclavitud”.¹⁶

Distinguió su color claro cuando eran becerros y su color castaño oscuro cuando adultos; alabó el sabor de su carne; destacó sus peculiares cuernos que “formaban un arco simple”, que, dijo, nada tenían que ver con las espirales de la especie común y la de los carneros; también especificó que los de las hembras eran más pequeños y retorcidos con las puntas hacia la cabeza; subrayó que cuando estaba furioso, era uno de los animales “más terroríficos e impresionantes del mundo”, y mencionó la abundante profusión de su pelaje en el pescuezo y los costados, que muchas veces tocaba el suelo.

¹⁵ Georges Catlin, *Los indios de Norteamérica*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1994, p. 49. La primera edición fue en Londres en 1844.

¹⁶ *Ibid.*

Pero lo que le parecía “más notable de los búfalos” eran los ojos, tanto en su forma como en su expresión, con su globo grande y blanco y su iris color negro azabache: “el búfalo parece tener los párpados completamente abiertos y el globo ocular siempre hacia abajo, de modo que una considerable parte del iris queda oculta bajo el párpado inferior”, dejando visible entonces un globo ocular blanquísimo, que a él le parecía que destellaba “como un arco en forma de luna al final del cuarto creciente”. Por último, con respecto a la polémica que ya para entonces envolvía a muchos, entre si los bisontes eran “migrantes”, o hacían simples movimientos estacionales,¹⁷ expresó que para él eran criaturas errantes y vagabundas, y afirmó que le parecían “gregarios, pero no migratorios”, porque podían pastar en enormes rebaños desde las fronteras mexicanas hasta los 55 grados de latitud Norte, en todos los meses del año, incluidos los más fríos del invierno, en los que ramoneaban en los matorrales helados y escarbaban el pasto entre la nieve, siendo entonces también, un “emocionante objetivo de caza” para los indios, durante la que se consideraba como “estación aburrida”.¹⁸

Catlin estaba totalmente convencido de que los bisontes habían sido creados para el uso y la prosperidad de las naciones indígenas. Calificó a los “búfalos” como animales nobles y útiles y dijo que vagaban en manadas de muchos miles por las mismas vastas praderas de hierba verde sin límites en las que pastaban los caballos salvajes. Entendía, perfectamente, que para los indios esa fuera la región más agradable y más independiente para vivir, y no tenía dudas de que era ahí, precisamente, “donde se encontraban las razas humanas más bellas y sanas que puedan encontrarse en América y quizás en todo el mundo”. En este escrito “pintó” con palabras y de la mejor manera, el panorama que quería transmitir a sus lectores: “interminables alfombras verdes, salpicadas con flores de todos los colores, donde el indio galopa en su caballo con todas las necesidades cubiertas y el espíritu libre, como el aire que respira”. También, con mucho dolor, registró el hecho de que ese hombre, desde su libertad, había tendido la mano a todos los extranjeros, antes de ser “seducido” por la astucia y las artimañas de los hombres blancos

¹⁷ Es necesario notar que la mayoría de cronistas que los definió como “migrantes”, usó esta palabra como sinónimo de “animales en movimiento”.

¹⁸ *Ibid.*, p. 50.

mercenarios.¹⁹ Catlin dejó, en suma, un valioso testimonio de cómo ese paraíso mostraba los síntomas de una enfermedad que lo llevaba irremediablemente a su destrucción.²⁰

Los “cíbolos” mexicanos y el lejano interés de su gobierno

A petición de José Ignacio Espinosa –ex ministro de Justicia del presidente Anastasio Bustamante– el licenciado Antonio Barreiro, quien firmaba como “asesor del territorio de Nuevo México”, dio a conocer en el año de 1832, *Ojeada sobre Nuevo México, que da una idea de sus producciones naturales y de algunas otras cosas que se consideran oportunas para mejorar su estado e ir proporcionando su futura felicidad*. No sabemos qué tanto interesó este texto al gobierno mexicano de entonces y mucho menos si Barreiro conocía la región simplemente de oídas, asunto que se hace evidente en el caso de los cíbolos, a los que, por supuesto, mencionó al tratar el reino animal del lugar. Lo que sí es seguro es que los vinculó con la posibilidad de alcanzar esa bonanza que ofreció en su título al insistir, sin pruebas, en que “su docilidad”, permitía que fueran domesticados fácilmente, sacándoles provecho para la agricultura.

En pocas palabras, pensaba que el ganado cíbolo podía tener en Nuevo México “un manantial de riqueza con que mejorar su agricultura y embellecer sus artes”. Éstas últimas las veía en muchos trabajos artesanales que, según él, podían hacerse con las astas “tan azabachadas”, que pulidas e incrustadas con plata o nácar, permitirían la fabricación de muchos artículos de adorno o de utilidad.²¹ La sorpresa contenida en el escrito de Barreiro, es que retrató a los cíbolos con una mirada amorosa. Dijo que se trataba de un animal que “se hallaba en esos países con una abundancia increíble”; que su carne era jugosa y suave y que “sus lenguas mejores que las de

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ George Catlin, *Letters and Notes on the North American Indians*, New York, Gramercy Books, 1975, p.253.

²¹ Antonio Barreiro, *Ojeada sobre Nuevo México, que da una idea sobre sus producciones naturales y de algunas otras cosas que se consideran oportunas para mejorar su estado, e ir proporcionando su futura felicidad*. Formada por el Lic. Antonio Barreiro, asesor de dicho territorio. A petición del Ecsmo. Sr. Ministro que fue de Justicia Don José Ignacio Espinosa. Y dedicada al Ecsmo. Señor Vice-presidente de los Estados Unidos Mexicanos Don Anastasio Bustamante, Puebla, Imprenta del Ciudadano José María Campos, 1832, p. 20.

vaca, presentaban un exquisito manjar”; que eran veloces, valientes, fuertes y feroces; que cuando los hacían mansos manifestaban gran docilidad, “aprendiendo muchas cosas y haciendo grandes cariños a su amo”; que eran “de admirable belleza”, a pesar de sus deformidades; que tenían los ojos “hermosos, redondos y azulados por en medio”, conociéndose en estos si estaban coléricos o tranquilos; y como novedad para la serie de descripciones sobre los bisontes, apuntó dos datos: que en la mandíbula inferior se le veían ocho dientes incisivos muy blancos y, que su lengua, era negruzca y larga.

También anotó que las temporadas para cazarlos eran en junio y en octubre, siendo en este último mes cuando se preferían las hembras, porque estaban más gordas, y en cuanto a sus pieles señaló que las de los animales que mataban en junio no eran tan interesantes, porque en esa estación mudaban el pelo, mientras que en octubre eran “lanudas y preciosas”. Por último, no pudo dejar de aportar su propia metáfora para describir el número en el que podían contarse esos animales y escribió que a ese ganado se le veía “aparecer por las llanuras en tablonas extensas, formando un horizonte que la vista no alcanzaba a comprender”,²² frase que nos remite a épocas anteriores, que estaban muy lejos de acontecer en los días que Barreiro firmaba sus emocionadas páginas.



En el año de 1834 el presidente mexicano Antonio López de Santa Anna envió a Texas a su entonces colaborador Juan Nepomuceno Almonte, para que llevara a cabo un reconocimiento del territorio, de su flora, de su fauna, de la producción agrícola y de la situación y número de sus pobladores, con objeto de preparar un informe estadístico. El objetivo quizás más importante para el gobierno, era saber cuál era el ambiente que se vivía entre los colonos y su lealtad al gobierno, que los había acogido con la mesa puesta y del que, al menos públicamente, no respetaban su legislación que desde 1829 había abolido la esclavitud. Impensable era que en ese texto breve, lleno de cifras, Almonte no mencionara a los cíbolos, a

²² *Ibid.*, p. 17-19.

los que obviamente ya no vio en persona, pero de los que sí oyó hablar y dejó registro. Escribió, a propósito, que hacia el noroeste había inmensas llanuras que, según él, eran “poco o nada conocidas”, y de las que “se decía” que abundaban en ellas el cíbolo y las mesteñas, y que sólo en “cierta estación del año” bajaban a las inmediaciones de Béjar y Goliad,²³ repitiendo aquí lo que le decían sus informantes. En su discurso estadístico, los cíbolos importaban más como dato o cifra, e incluso como leyenda que causaba orgullo, sin enfrentar las causas de su notable disminución, en esas lejanas y ricas posesiones.

El “cíbolo” romántico

También llegaban a la ciudad de México las noticias y la fama de los cíbolos. Su reproducción en pequeño, elaborada en cera o en barro, adornaba casas y talleres desde la época colonial, como lo demuestra, por ejemplo, el inventario de los bienes de la actriz Josepha Ordóñez en 1766.²⁴ También desde entonces se hablaba y se conocía de la calidad de sus pieles. A la vuelta del calendario que instaló el siglo XIX, los capitalinos pudieron ver algunas de ellas, en un cargamento que un grupo –posiblemente de la nación comanche– trajo de regalo para el emperador Iturbide en el mes de marzo de 1823. Cuenta Carlos María de Bustamante que ellos “hicieron gran impresión en el populacho” por sus atuendos de gamuza, sus penachos de plumas y sus fusiles, si bien al diputado criollo ellos sólo le merecieron el nombre despectivo de “indios mecos”, y el comentario mordaz y clasista de que era parte de la farsa que envolvía a Iturbide, al que no le iría muy bien si se apoyaba “en semejantes auxiliares”.²⁵

Este mismo autor dio cuenta, un año después, de que unos empresarios trajeron a la ciudad de México y “por primera vez”, a cinco búfalos –tres machos, una hembra y una cría– que los que pudieron pagar dos reales vieron en un local de la calle de los bajos

²³ Juan Nepomuceno Almonte, *Noticias estadísticas sobre Texas*, México, Impreso por Ignacio Cumplido, 1835, p. 31.

²⁴ AGI, México, 1707, año de 1766, *Testimonios de los autos formados sobre la queja de Gregorio Panseco contra Josepha Ordóñez su mujer, y providencias dadas por la real Sala*, Cuaderno no. 2.

²⁵ Carlos María de Bustamante, *Diario de lo especialmente ocurrido en México*, sábado 1 de marzo de 1823.

de San Agustín, “donde antes se habían exhibido unos camellos”.²⁶ Las diferencias notables entre búfalos de verdad y cíbolos –también de verdad– tuvieron, a partir de entonces, un referente preciso en más de dos, en una sociedad capitalina que pudo dar, a cada uno, su nombre, su lugar de origen y sus propias características.²⁷

El cíbolo estuvo muy presente en el imaginario mexicano de ese tiempo. Podemos rastrearlo también en los escritos para las revistas de moda durante la primera mitad del siglo XIX. Uno de los autores elegidos para ejemplificar esto es José María Tornel y Mendívil, activo político camaleónico que tuvo, además, una asidua presencia como traductor y ensayista en la prensa de su tiempo. En un artículo titulado “La Providencia en el Nuevo Mundo”, se refirió al cíbolo del Septentrión, entre otras muchas riquezas que, para él, hacían único al continente americano. En el trasfondo de este texto, estaba, sin duda, el tema de la independencia frente a los Estados Unidos, en el que los cíbolos aparecían, precisamente, como su metáfora: “Goza de tu libertad en las llanuras de Nuevo México y de Texas, oh bisonte, oh cíbolo [*sic*], cuya frente indomable jamás ha sufrido el yugo que impone el hombre con halagos y sostiene con rigor.”²⁸ Fue igualmente Tornel el que, tres años después dio a conocer en *El Museo Mexicano* –revista editada por Ignacio Cumplido– el texto sobre la caza del oso y del cíbolo que había escrito el francés Berlandier en 1828 y al que me referí páginas arriba. Según Tornel se trataba de un documento “muy interesante para la ciencia” que él conservaba “como un tesoro”, y que lo daba a prensa para “hacer un servicio al público”.²⁹

Como se puede apreciar, el asunto de la caza de los bisontes no sólo estuvo presente en los relatos publicados en aquellos años en los Estados Unidos. Además del texto de Berlandier –que por cierto sería reeditado en México en la tipografía de Juan N. Navarro en

²⁶ *Ibid.*, martes 8 de noviembre de 1824.

²⁷ En la sección de avisos del periódico *El Siglo Diecinueve* del viernes 8 de junio de 1855, se anunciaba para “los señores militares”, que en la guantería de la calle del Coliseo Viejo, n. 25, había seiscientos pares de guantes de ante “con manoplas de búfalo blanco”, especiales para los soldados de caballería y promovidos como los que usaba la guardia imperial de Napoleón.

²⁸ José María Tornel, “La Providencia en el Nuevo Mundo”, *El Museo Mexicano*, t. IV, 1841, p. 539-532.

²⁹ Introducción de J. M. Tornel a L. Berlandier, “Caza del oso y del cíbolo en el noroeste de Texas”, *El Museo Mexicano*, t. III, 1844, p. 176.

1850—el también político y escritor de moda Manuel Payno publicó en 1845 un extenso artículo que tituló “Tejas”, en el que dio amplia cabida al relato de una cacería de cíbolos, cuya singularidad es que sus personajes principales fueron los soldados de los presidios mexicanos, destinados por el gobierno para la defensa de la frontera y de los que, según Payno, nunca se mencionaban ni su vida, ni sus costumbres.³⁰

Los “búfalos” o el sentimiento de grandeza

El capitán John Charles Frémont fue un militar explorador estadounidense, que, como miembro del cuerpo topográfico, recorrió en el año de 1842 desde el río Missouri hasta las Montañas Rocallosas en el límite de Kansas, más los ríos de la Gran Planicie, en un interesante viaje que promovió el Senado de su país, institución que se encargó de publicar los resultados al año siguiente. En 1845 se editó de nuevo, aunque comercialmente, junto con otro informe del mismo Frémont, referido a otro viaje realizado entre 1843 y 1844 por Oregon y el norte de California. Este libro se ilustró con dibujos y grabados de gran valor realizados por el cartógrafo de la expedición Charles Preuss.

La exploración y la aventura, narradas de forma poética, cautivaron y tocaron la imaginación de los lectores estadounidenses y europeos³¹ que, en general, lo consideraron el mejor relato sobre el oeste, entre otras cosas por su sensibilidad a la belleza del día y de la noche, de la tierra, de las flores, de los animales, de las gentes y de las piedras. A juzgar por las críticas favorables de la época, la historia fue enormemente disfrutada y eso explica las miles de copias que se editaron sin parar durante los siguientes cuatro lustros.³² Se

³⁰ Manuel Payno, “Tejas”, *Revista Científica y Literaria*, [Por los antiguos redactores del Museo Mexicano], t. 1, 1845, p. 172-3.

³¹ En Europa el libro fue presentado en algunas sociedades científicas, y se tradujo al alemán.

³² El libro se ha editado también varias veces en la segunda mitad del siglo XIX, en el XX y en lo que va de nuestro siglo XXI. Con respecto a la autoría del reporte, se ha generado una polémica. Hay que decir primero que en sus memorias él contó que muchas veces dictaba y que una de sus amanuenses fue su esposa. El debate gira en torno a la verosimilitud o no, de si lo escribió realmente ella, la conocida escritora Jesse (o Jessie) Benton Frémont, cuya letra y estilo han sido identificados en varios fragmentos del manuscrito original.

trata de una aventura en la que hubo “búfalos”, pieles rojas, algunas maravillas y no menos dificultades, que se convirtió también en el libro guía de otros exploradores, que incursionaron por esas tierras en los años sucesivos.

En medio de las inmensas llanuras empezaron a ver grandes cantidades de “búfalos” que el dibujante de la expedición, Charles Preuss, confundió en un primer momento “con grupos de árboles”. La sensación que esa imponente presencia dejó en Frémont lo llevó a expresar que “al tener a la vista tal cantidad de vida, el viajero [sentía] un extraño sentimiento de grandeza”.³³ Recordaba en sus páginas, con una emoción contagiosa, cómo aumentaban los latidos del corazón de todos a medida que se acercaban a esos animales. Para Frémont “los indios y los búfalos hacían la poesía y la vida de la pradera”, y comparó algunos días monótonos con la euforia que se producía en el campamento cuando había cacería y sacrificio de “vacas”, que aseguraban una “carne succulenta” para la cena. Dedicó algunas páginas a narrar la conmoción de la caza entre una manada que tenía como 750 cabezas y dio cuenta de la aparición de los acechantes y aulladores lobos, que rodeaban al grupo de bisontes y al propio campamento, esperando la partida de los hombres para devorar los huesos que quedaban junto a las hogueras.³⁴ Fue todavía más explícito y en cuanto a los ataques de los lobos dejó testimonio de un joven ternero que cayó en sus fauces –a pesar del intento por defenderlo por parte de un “toro” adulto– y que antes de morir ya había sido devorado en una de sus mitades.

Otro día del mes de julio de ese mismo año vieron enormes filas de bisontes galopando hacia un río; según Frémont eran como 11 000 bisontes cubriendo toda la pradera y dijo que evidenciaban con su movimiento la presencia de los indios. No dejó de narrar un trepidante enfrentamiento entre unos 18 “toros” que atacaban a un macho viejo, al que, según él, defendió junto con algunos de sus hombres, cenándose después al que más lo agredía; una cacería de bisontes llevada a cabo por la nación cheyenne, que ellos no pudieron observar por las nubes de polvo que la envolvían; la presencia de manadas

³³ J. C. Frémont, *Report of the exploring expedition to the Rocky Mountains in the year 1842, and the Oregon and North California in the years 1843-44*, Washington, Gales and Seaton Printers, 1845, p. 16-18.

³⁴ *Ibid.*, p. 19-21.

pequeñas cerca de los riachuelos; la vista de grandes hatos donde no había proximidad de seres humanos, “dando vida a la región”; y, sobre todo, la abundancia de pastos. Asimismo, dejó registro de cómo los expedicionarios copiaban las costumbres de los indios, tratando de secar la carne con objeto de tener abasto para varios días. En esa actividad, dijo, todos en el campamento colaboraban alegres, levantando andamios –que tenían fogatas por debajo– donde ponían al sol la carne cortada en tiras.³⁵ Días más tarde, sin embargo, tuvieron que reconocer que como no tenían la habilidad de los indios, la que no se echó a perder, estaba tan dura como corteza.³⁶ Un préstamo que sí parece haberles funcionado se encuentra en uno de los grabados de Preuss que acompañaron el texto de Frémont, en el que pone de manifiesto la excelente costumbre indígena, adoptada por los “anglos”, de guarecerse en tipis (tiendas) fabricados con pieles de bisonte.

Frémont mismo admitió que no todas sus hazañas de cacería fueron exitosas. En una ocasión que avistaron una manada no pudieron cazar a ninguno a pesar de sus esfuerzos, y con gran admiración alabó la facilidad con la que esos animales “toscos y torpes”, escalaron el borde de un difícil precipicio para sortear a sus perseguidores. Otro día se maravillaron con la aparición de manadas de antílopes acompañando a las de los “búfalos”, y no menos agradecido con esa vasta naturaleza, narró que pudo reparar un roto barómetro “con un pegamento hecho de búfalo”, aparato que después relleno con mercurio calentado. También relató momentos difíciles por la falta de carne, porque ya no se aparecían las manadas conforme avanzaban más hacia el Pacífico y por el fracaso en su conservación, en los momentos en que esas habían sido abundantes. En su viaje de regreso volvieron a encontrar bisontes y admitió que el apetente y prometedor aroma de las costillas rostizadas hizo resurgir en el campamento el buen humor, las risas y las canciones.³⁷

En su segunda expedición, esta vez camino a Oregon, pudo constatar que los “búfalos” ocupaban un espacio muy reducido y, además, que el negocio de sus pieles, que mantenían varias compañías, hacía que mataran a miles de ellos, mencionando un tráfico de 90 000

³⁵ *Ibid.*, p. 23, 26, 29, 33, 50, 51.

³⁶ *Ibid.*, p. 63.

³⁷ *Ibid.*, p. 54, 57, 63, 71.

cueros. Reconoció que ya desde su anterior viaje se había enterado del desconcierto de “muchas naciones indias” por lo que llamó “el fracaso del búfalo”, que no era otra cosa más que su desaparición de muchas regiones. Al agotarse el único modo de subsistencia con que contaban, Frémont mencionó los dos caminos que tenían los indios para no morir de hambre: robar a lo largo de la frontera con México, o formar alianzas para hacer la guerra a los que vivían “en tierras de búfalos”. En todo caso, le parecía que la situación apuntaba para que se produjera una “terrible guerra de exterminio”, y mientras él y sus compañeros en ocasiones se habían habituado a comer carne de mula, de caballo, de algunos pescados, e incluso pinole, finalmente, en las llanuras cercanas al río Arkansas, encontraron “el ámbito de los búfalos”, decidiendo que bien valía la pena detenerse todo un día entre las abundantes manadas³⁸ para abastecerse de la carne más apetitosa, que aportaba, además, un enorme alborozo a los corazones y el correspondido discurso, que en voz del popular Frémont convirtió a los bisontes en la inspiración misma de aquellos inmensos pastizales.

El salvaje oeste para el “civilizado” imaginario americano

La expansión hacia el Pacífico se vio completada con los territorios despojados a México en 1848, contando los Estados Unidos para sí y a partir de entonces con toda la parte media de América del Norte. En los años sucesivos iniciaron la construcción de su ferrocarril transpacífico y poco a poco se difundió la noticia de que ahí había abundantes tierras y muchas conveniencias. Más allá de los informes oficiales se gestó una literatura difundida en libros, periódicos y revistas, que estuvieron al alcance de un amplio público, lo que determinó un imaginario colectivo que daba vida a numerosas aventuras, a paisajes increíbles, a ríos llenos de oro, a encuentros con pieles rojas y con “búfalos” y, entre otras muchas cosas, a lucrativos negocios. La abundancia de relatos y dibujos sobre el oeste, hechos por testigos presenciales, continuaron su éxito en las décadas posteriores deleitando a miles de lectores que, sobre todo a partir de

³⁸ *Ibid.*, p. 145, 173, 174, 288, 289.

la derrota del ejército mexicano, se llamaban a sí mismos “americanos”, orgullo que incluía, por supuesto, la posesión del lejano y salvaje territorio al que no tardarían mucho en limpiar definitivamente de sus habitantes originales, incluido su *alter ego* (los bisontes). La política del gobierno de los Estados Unidos se propuso, conscientemente, acabar con los segundos para debilitar y controlar a los primeros.

Las expediciones al oeste y su poblamiento proliferaron a partir de entonces. Una, emprendida en 1848, es singular porque se hizo en sentido contrario a las reseñadas hasta ahora, ya que partió del Occidente para desembocar en la ciudad de Independence, en Missouri. Este viaje le fue encargado al segundo lugarteniente George Douglas Brewerton, cuya misión era llevar la noticia de que se había descubierto oro en California. Partió de Los Ángeles en el mes de mayo, uniéndose a ese viaje el explorador Kit Carson, quien contaba con mucha experiencia en tierras desérticas y de indios. Recorrieron Kansas, Arizona y Nuevo México y aunque el polifacético Brewerton escribió un diario de esa travesía y pintó muchos bocetos, estos se perdieron cuando cruzaban el río Colorado. Fue hasta el año de 1853 que dio vuelo a su carrera como periodista –para entonces era también un sensible pintor de óleos y acuarelas– para la revista *Harper’s New Monthly Magazine*, rememorando, en varios artículos ilustrados que se editaron como una serie en los años que siguieron, aquél viaje significativo en su vida. De ese conjunto me interesa *In the buffalo country*, que apareció en el número de septiembre de 1862.

Entre otras muchas cosas, además de narrar cacerías de “búfalos” y encuentros con los comanche, se refirió a su descubrimiento de un grupo de árboles “con pinturas indias”. Su relato, a diferencia del de Catlin o el de Frémont, nos ofreció el punto de vista del que siempre se miró aparte de ese mundo y se consideró casi su enemigo. Después de mencionar esas pinturas, por ejemplo, agregó que decidió no perder el tiempo descifrándolas, ya que le parecía improbable que sus autores les hubieran dado algún significado. Por último, dio cuenta de variadas noticias sobre el clima, la vida animal y, en general, sobre el mundo de las Grandes Praderas.³⁹

³⁹ George Douglas Brewerton, *In the Buffalo country*, New York, Harper and Bross, 1862, p. 452, 458, 459 y 463. Briscoe Center for American History.



Phillip H. Sheridan fue un oficial de carrera del ejército de los Estados Unidos que ocupó, además, el cargo de Comisario frente a las Naciones Indígenas entre 1867 y 1883. En su escrito titulado *Personal Memoirs* señaló que el departamento bajo su mando incluía los estados de Missouri, Kansas, el Territorio indio y Nuevo México. Personaje controvertido de los más candentes episodios de la guerra civil y más adelante de la guerra que emprendieron contra los pueblos originarios, quedó registrado en las versiones menos oficiales de la historia de su país como un hombre segregacionista y genocida. Siempre se refirió a los indios como “los hostiles”, o “los enemigos”. Su reputación quedó muy dañada por su actuación y porque se le atribuyen frases que han permanecido en muchos libros, documentados o no, que dan cuenta de la destrucción de los indios a partir de exterminar a los bisontes.

En sus citadas memorias, en el capítulo XII, se refirió al año de 1868 cuando las planicies todavía estaban cubiertas con muchas manadas de “búfalos”, con “un número estimado de 3 000 000 de cabezas”, que abastecían ampliamente a cerca de “seis mil hostiles”. Veía a esos indios como gente rica, asunto que para él estaba en la explicación de su confianza y su desafío. No tuvo problemas entonces en llevar a cabo, e incluso en dejarlo por escrito, el método que empleó para acabar con ellos y de paso para proteger a la gente de los nuevos asentamientos, así como a los caminos: “comprendiendo que su rigurosa subyugación se convertiría en una tarea difícil, yo pensé circunscribir operaciones durante la estación cuando los búfalos buscan los mejores pastos y es temporada de cacería”. En efecto, su ataque a esos hombres “salvajes” sería en el invierno cuando, según él, a causa de la debilidad de sus ponis por falta de comida, por el frío y por la consiguiente nieve, estarían impedidos y podrían ser sorprendidos fácilmente, “haciéndolos caer sin darles tregua”.⁴⁰

⁴⁰ Phillip H. Sheridan, *Personal Memoirs*, 1888. En <http://www.pattonhq.com/militaryworks/sheridan.html> Varios autores norteamericanos han señalado, de una o de otra manera, las intenciones tempranas que los colonos tuvieron para apropiarse de las tierras de los nativos. Por ejemplo, Harold P. Danz, *op. cit.*, p. 63 y 112, agregó a lo anterior que durante el gobierno de Ulises Grant (1869-1877) dominó la idea de que la desaparición del bisonte conllevaría el sedentarismo y la civilización de los indios.



Una combinación de aventura con interés científico es lo que ofrece el artículo de Theodore R. Davis titulado “The Buffalo Range”, aparecido en *Harper’s New Monthly Magazine*, en el mes de enero de 1869, donde se anunció ilustrado por el mismo autor con xilografías. Se refirió ahí al estado de Kansas y, muy en especial, a las costumbres de los “búfalos” y a las de sus variados cazadores durante el decenio de los sesenta de aquel siglo XIX. Es interesante notar que tenía claro que se trataba de bisontes, “a los que, –aclaró– familiarmente se les designa como búfalos”.⁴¹ No dejó de impactarle la enorme cantidad de “búfalos” muertos por las máquinas del ferrocarril de la Union Pacific Railroad, que los arrollaban a su paso a pesar de su enorme fuerza, o lo que consideró una “típica escena americana”: los pasajeros apostados en las ventanas de los trenes, disparando desde ahí a los bisontes.

Como todos los que convivieron con aquellos hatos reconoció que seguían sus huellas y así encontraban los mejores cruces de riachuelos y rutas. Con respecto a las manadas en movimiento expresó que quien no lo había visto no lo podía creer, cuando tenía la suerte de estar ahí y, categórico, subrayó que no sólo los blancos desperdiciaban la carne de esos animales, sino que los indios habían aprendido a hacerlo, aprovechándola sin sobrante los lobos y los cuervos. Añadió al tema que los depredadores de muchos jóvenes búfalos eran los lobos grises y los coyotes, siempre atentos a los desplazamientos y descansos de los bisontes muy viejos o demasiado jóvenes.

Señaló que desde el año de 1858 el “búfalo” estaba decreciendo en número y describió la consternación que esto generaba entre los indios.⁴² Contrastó esta realidad con el comentario de que para los “blancos” esa cacería era sólo un pasatiempo. Le parecía que en sus días la mejor caza de bisontes estaba entre los ríos Republican y Arkansas, o entre este último y el Platte y, muy a tono con su modernidad, calificó la actividad como un deporte y al que la ejecutaba como un deportista. Pensaba que “el verdadero *sportsman*”, cazaba

⁴¹ Theodore R. Davis, *The Buffalo Range*, New York, Harper’s New Monthly Magazine, 1969, p. 147. Briscoe Center for American History.

⁴² Theodore R. Davis, *op. cit.*, p. 148, 149, 152 y 153.

como lo hacían los oficiales de caballería y los mejores cazadores de la frontera, que corrían tras los “búfalos”, para lo que necesitaban ser buenos jinetes, ser disparadores fríos, contar con caballos ligeros y valientes y con una carabina, o con un revólver, de los inventados por Samuel Colt. Estos últimos, dijo, se habían convertido en el arma preferida, ya que se tomaban con una sola mano.⁴³

Dio cuenta del satisfactorio negocio que hacían “las naciones indias con los traficantes de cueros”, que eran recibidos en las aldeas hasta que se cerraban los tratos, llevando los indios la voz cantante en las transacciones, a diferencia de tiempos pasados en los que ellos eran los que se acercaban a los fuertes a vender. Contó, por último, que se cambiaban 10 tazas de azúcar o 10 dólares por un abrigo, habiendo, sin embargo, muchos comerciantes imprudentes que les vendían whisky, armas y municiones. Dijo, además, que en los grandes mercados, como el de Nueva York, las pieles podían llegar a costar entre 8.50 y 16.50 dólares cada una y estaba seguro de que los mejores abrigos, eran, sin duda, los de piel de bisonte, registrando con nostalgia, que “en los buenos años”, se llegó a traficar un cuarto de millón de ellos.⁴⁴



William Cody, originario del entonces territorio de Iowa, estuvo al servicio del cuestionado general Phillip Sheridan –al que me referí páginas arriba– como su guía y correo. Cody alcanzó notoriedad como cazador de “búfalos” cuando fue contratado por la compañía Kansas Pacific Railroad entre 1863 y 1865 para abastecer de carne a sus trabajadores. Mejor conocido como “Buffalo Bill” el sobrenombre lo adquirió por el grandísimo número de esos animales que –él solo– mató, tanto en varias competencias entre prestigiados cowboys –por las que fue premiado y reconocido como campeón– como en algunas campañas del ejército de su país, que le significaron, por entonces, un reconocimiento especial. Cuando estaba por terminar la guerra de exterminio de indios y bisontes decidió hacer de ese

⁴³ *Ibid.*, p. 154, 155, 156 y 157.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 157, 158, 161, 162 y 163.

suceso un espectáculo, con el que, a partir de 1872, recorrió por más de dos décadas muchas ciudades estadounidenses y europeas, mostrando en gustados y variados tipos de funciones, “la vida salvaje del oeste”. En su elenco, todos los personajes eran de verdad: indios –hombres, mujeres y niños–; cowboys patriotas; soldados; caballos; y, por supuesto, bisontes. Durante algún tiempo, contó en escena con la –para mí– triste presencia del mismo jefe “Toro Sentado”, quien lucía sus mejores atavíos.

Según el naturalista William T. Hornaday el célebre show “Buffalo Bill’s Wild West” tuvo entre sus mejores atracciones una manada de aproximadamente 18 “búfalos vivos de todas las edades”, cuya mayoría provenía de Kansas. Algunos de ellos hicieron el viaje de ida y vuelta a Inglaterra y fue precisamente allá, en la Exposición Americana de Londres en 1888, donde sus hembras parieron a cuatro terneras.⁴⁵ Los temas de ese divertimento circense rondaban en torno a la desaparición de los bisontes, a la vida cotidiana de los pueblos indios y, sobre todo, a los ataques de estos a los trenes y a los colonos, con el consecuente éxito de los “americanos” sobre ellos. Como atinadamente señalaron Richard White y Patricia Nelson Limerick el espectáculo de Buffalo Bill era, por un lado, una síntesis “del tiempo de los últimos”: el último bisonte, el último cowboy, el último indio verdadero. Por el otro, ofrecía una invertida visión de la conquista del oeste, en la que los conquistadores “blancos” aparecían como las víctimas de agresiones y muerte que sólo venían de parte de los indios. Este asunto, según estos autores, se reflejó con amplitud en la iconografía “de frontera” producida por esos años, que mostraba el avance triunfal de los colonos en tierras que consideraban de promisión.⁴⁶ Buffalo Bill se convirtió, en su tiempo, en el personaje más conocido, y su “heroicidad” devino un ícono, que concretaba el obscuro deseo de que América fuera para los “americanos”, perdurando ese poderoso imaginario y su gran personaje simbólico en los discursos de la literatura, la televisión y el cine estadounidenses durante buena parte del siglo XX.

⁴⁵ William T. Hornaday, *The extermination of the American Bison*, Report of the National Museum, 1886-1887, Washington, Government Printing Office, 1889.

⁴⁶ Richard White y Patricia Nelson Limerick, *The frontier in American Culture*, University of California Press, 1994, p. 27.

La ciencia y el ejército se interesan por su magnífica especie en extinción

Los escritos de corte académico producidos sobre los bisontes en el decenio de los setenta del decimonono, están impregnados del presentimiento de su inminente exterminio. Destaca en este rubro el libro de J. A. Allen, *The American bisons, living and extinct*, publicado por la Universidad de Cambridge en 1876. Se trata de uno de los primeros textos que contó con datos relevantes para entender a los bisontes como especie y para conocer su historia biológica. Dedicó muchas páginas a las especies antecesoras, a sus medidas corporales, a su ubicación geográfica y a los tiempos de sus respectivas desapariciones. Estaba consciente de que el nombre de “búfalo” era el más popular, a la vez que ya se oían voces exigentes que se empeñaban en señalar que era incorrecto. De hecho, Allen subrayó que debía nombrarse “Bisonte Americano”, ya que “búfalo”, dijo, sólo era aplicable a los genuinos *Bubalús* de África y la India. También apuntó que para la gente común nunca dejaría de ser “búfalo” y que incluso muchos escritores lo defenderían como el apelativo preferido, argumentando el dato de que en los Estados Unidos sucedía lo mismo con muchos otros nombres de mamíferos y de aves.⁴⁷ Preparó para su libro varios dibujos de molares, cráneos y cuernos del que nombró *bison americanus*, mostrando la variedad de formas y tamaños, según su edad y su género. Se refirió, asimismo, a los enormes productos que se podían obtener de esos animales, a los aspectos más relevantes sobre su caza y, entre otras cosas, a su domesticación, que él, curiosamente, creía posible como salvación de la especie.

Muchas más páginas del escrito de Allen están dedicadas a explicar la distribución geográfica del bisonte americano, por lo menos desde 1530, hasta su drástica reducción en el presente que a él le tocó vivir. Sostuvo que para 1875 sólo quedaban manadas en alguna parte de Texas y de Kansas, y al norte de Montana, en Saskatchewan y en Lesser Slave. Para ilustrar este amplio tema, y, seguramente para crear conciencia sobre la catástrofe biológica que debían enfrentar los “americanos”, elaboró un mapa muy interesante, que puede verse en la introducción de este libro, en el que incluyó las diferentes

⁴⁷ J. A. Allen, *The American Bisons, living and extinct*, Cambridge University Press, 1876, p. 51. Briscoe Center for American History.

áreas con presencia de bisontes desde el siglo XVI al XIX, en los territorios de Canadá, de Estados Unidos y del norte de México.



No es menos importante el nostálgico trabajo leído en la Academia de Ciencias de Wisconsin entre 1876 y 1878 –publicado por primera vez en 1882– por el médico y científico Philo Romaine Hoy sobre los grandes animales de vida salvaje que habían terminado por extinguirse en esa nortea región. Expresó, al respecto, que Wisconsin tuvo sus postreros “búfalos” al este del río Mississippi, no sabiéndose con precisión cuándo fue que el último “búfalo *Bos americana*” había cruzado ese afluente y agregó que, hacia 1833 –“después de terminada la guerra Blackhawk”– sucedió la muerte de los que quedaban en las riberas del río St. Croix.⁴⁸



Cuando estaba por terminar el decenio de los setenta la vida del oeste tuvo otro reconocido cronista: el coronel Richard Irving Dodge. Kansas fue su destino militar, en concreto el mando de uno de los fuertes –conocido con el nombre de Dodge, aunque en honor de un famoso general– de los que el ejército levantó para proteger a los colonos y a las vías de tren de los ataques de los indios. De hecho, él y sus principales oficiales organizaron una estación para la compañía ferroviaria Atchison, Topeka and Santa Fe, que se convertiría poco a poco en una turbia ciudad –Dodge City– de advenedizos, traficantes y prostitutas. Entre la importante lista de sus escritos destaca un texto, publicado por primera vez en Londres en el año de 1877, dedicado a las tierras propicias para la cacería, en lo que él llamó “El gran oeste”. Al valor del escrito se agrega el de la inclusión de un mapa donde ubica las reservaciones de los indios y

⁴⁸ Philo Romaine Hoy, “The larger wild animals that have become extinct in Wisconsin”, en *Transactions of the Wisconsin Academy of Sciences, Arts, and Letters*, v. 83, 1995, p. 66.

el rango de los bisontes en el año de 1830 y en el de 1876, cuando sucedió su drástica reducción, siempre en los estados y territorios levantinos. Además, incorporó una buena cantidad de vibrantes dibujos que mostraban el carácter de los pueblos indios a través de sus principales jefes; el modo que los primeros tenían para cazar a los bisontes y, entre otras cosas, la presencia de esos animales en las planicies, enfrentados, además, a los embates de las grandes bestias –las locomotoras a vapor– que contribuyeron al estrago de las manadas.⁴⁹ La imagen que ilustra este último asunto se hizo muy famosa y fue reproducida después en muchas publicaciones.

Dodge también dedicó espacio en su libro a las tremendas matanzas de bisontes que organizaron los cazadores entre los años de 1872 y 1874 y a las enormes ganancias provenientes del tráfico de sus pieles. Asimismo, muchas páginas se refieren a la reseña de las naciones indias que quedaban en pie y, por supuesto, al animal que llamó coloquialmente “black cattle of Illinois” [ganado negro de Illinois] y que designó científicamente como “Buffalo Bos Americanus o American Bison”, subrayando, sin embargo, que aunque los naturalistas reiteraran que el apelativo correcto debía ser “bisonte”, él, “como hombre de las llanuras”, insistía en que su nombre era el de “búfalo”, por que así vivía en la tradición y en la historia.⁵⁰ Otros asuntos de su interés, muy al estilo y temática de Theodore R. Davis fueron los métodos para cazarlos a caballo; la manera de curtir los cueros y sus distintos instrumentos; las cifras millonarias de carne, pieles y huesos que varias compañías ferroviarias reportaron haber transportado –además del comercio clandestino– en esos mismos años; y, por último, la presencia de los que cazaban por “deporte” –grupo dentro del cual él se incluía– y que andaban a la búsqueda de buenas cabezas y de las mejores pieles.⁵¹



⁴⁹ Richard Irving Dodge, *The hunting grounds of the Great West. A description of the Great North American Desert with illustrations*, London, Chatto and Windus, 1877.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 119.

⁵¹ *Ibid.*, p. 140-144.

Las noticias sobre los “últimos” bisontes en territorio mexicano son verdaderamente escasas. Quedaron registrados en las notas del mayor de caballería Blas M. Flores, quien tuvo a su cargo la jefatura de la columna de la izquierda de la tropa que envió el ejército mexicano a la frontera norte en 1880-1881, a la campaña contra los “indios bárbaros”. El panorama social turbulento que se vivía en aquellos años en el Septentrión había sido provocado, a la postre, por la ausencia de los bisontes, que sucumbieron ante los embates poderosos de la colonización, del despojo de tierras, de la reservación de las naciones indias, con el consiguiente cambio de sus costumbres ancestrales, y con la premeditada expansión territorial.

A pesar de estar en reservaciones, los indios no dejaron de tener enfrentamientos con el ejército yanqui. También con las tropas mexicanas, ya que incursionaban en nuestro territorio y cometían saqueos que afectaban a personas, animales y objetos. A su vez, con motivo de perseguirlos, el ejército estadounidenses entraba en tierra de México amenazando su soberanía. Para el gobierno mexicano esos indígenas siempre fueron “los indios bárbaros”, “los enemigos de la civilización”, y contra ellos desplegó su discurso y a su ejército, al tiempo que empezó a interesarse más seriamente por la seguridad de su frontera. De esa campaña “exitosa”, a la que fue enviado Flores, quedaron varios registros. Por un lado, un libro breve, que publicó a expensas de la Secretaría de Fomento en el año de 1892, y un enorme manuscrito, mucho más largo, que dio cuenta con detalle, de la vida cotidiana y sus peligros en los desiertos de Chihuahua y de Coahuila, pero, sobre todo, de su importancia estratégica. Fue en estas páginas, que por muchos años se mantuvieron inéditas, donde escribió que, en cuanto al reino animal de esa vasta región, mencionaba, entre otros, al “Bizonte (v. Cíbolo)”, que en muy escaso número se encontraba en la ribera del río Bravo.⁵²



⁵² Blas M. Flores, “Reseña de las Campañas contra los salvajes en la frontera norte en los años de 1880-1881”, en *Relaciones*, n. 96, v. XXIV, Otoño de 2003, p. 223. El manuscrito fue dedicado a Bernardo Reyes y se preservó en la biblioteca de Alfonso Reyes, quien lo menciona en *Memorias*, v. XXIV, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 471-475.

Cuando el conservacionista y taxidermista William T. Hornaday ocupaba el cargo de Superintendente del Parque Zoológico Nacional, fue publicado en el año de 1889 el reporte que hiciera para el Museo Nacional, sobre su trabajo emprendido entre 1886-1887 para encontrar algunos ejemplares vivos de bisontes que, una vez preparados, debían ser exhibidos en ese y en otros museos del país. Este proyecto tenía como objetivo que el público conociera a esa espléndida especie que, a pesar de haber sido tan abundante, había desaparecido. El título que dio a ese extenso y completo informe, *The extermination of the American Bison*, planteaba con mucha claridad que se contaría la historia de esa especie, en medio “del pesar por su destino”.⁵³ Con respecto a si debía ser bisonte o “búfalo” no tenía dudas de cuál era el nombre correcto, sin embargo, a lo largo de su texto también lo llama “búfalo”, porque, según él, así lo conocían “60 millones” en los Estados Unidos, y porque además de parecerle algo “inofensivo” afirmó que era ya “tan universal” que “aunque lo intentaran” no podrían cambiarlo todos los naturalistas del mundo.⁵⁴ Asimismo, como lo hicieron Allen y Dodge, ofreció su propio mapa, por cierto muy bello, que delimita en toda América del Norte el rango de “american bison” a lo largo del tiempo, abarcando hasta los últimos bisontes que quedaban por el año de 1889.

Otro tema que me llama la atención de ese reporte es su postura frente al carácter de los bisontes. En varias ocasiones repite que fue “por su falta de inteligencia”, por ser “estúpidos brutos”, que se precipitó su exterminio. Sin embargo, no fue capaz de detectar nobleza y sagacidad en varias cualidades del comportamiento de esos animales que él mismo describió: el afecto desinteresado de las hembras por sus crías; el cuidado de los toros machos por la seguridad de las terneras; su fino olfato; su manera de correr cuando escapaban de algún enemigo, o los pocos años que les llevó adquirir la destreza para mantenerse lejos de los peligros de los trenes. A la postre, aprendieron a huir de sus rapaces atacantes, asunto que experimentó Hornaday en carne propia cuando buscaban bisontes, pues les costó mucho esfuerzo encontrarlos y cazarlos para perpetuarlos en vitrinas de museo. Muchas páginas, pues, dedicó a contar esas peripecias, que lo llevaron a obtener finalmente “22 trofeos de caza” que

⁵³ William T. Hornaday, *op. cit.*, p. 5.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 13.

localizó en Montana, de los cuales seis formaron parte de la colección del Museo Nacional, trabajados cuidadosamente por él con sus conocimientos como taxidermista y colocados en una gran caja de caoba en “un ambiente natural”, y “en actitudes naturales”, presidiendo la escena un gran toro macho del que pensaba que, “había sido la misma Providencia, la que ordenó que ese animal perfecto fuera salvado”, para convertirse en “un monumento a la grandeza de su raza, que alguna vez habitó innumerable, la región de las grandes praderas”.⁵⁵

Hornaday era un firme creyente en la posibilidad de –si se tomaban jóvenes– domesticar a los bisontes tal “como el ganado ordinario”,⁵⁶ si bien páginas adelante tuvo que admitir que “como bestias de carga, eran incontrolables, testarudas y obstinadas, quitándole méritos a su utilidad”.⁵⁷ Apuntó cuáles eran, para él, las causas de su exterminio: la civilización, con todos sus elementos de aniquilamiento; la avaricia de los hombres; su destructividad gratuita; su falta de previsión en economizar los recursos de la naturaleza; la construcción de las líneas de ferrocarril; la ausencia de medidas protectoras por parte del gobierno; la fatal preferencia de los cazadores “blancos y rojos” por la piel y la carne de la hembra; la perfección de los rifles modernos y otras armas de fuego deportivas; y la que consideró como “estupidez fenomenal de los animales indiferentes ante el hombre”.⁵⁸

Subrayó el enorme valor monetario de las grandes manadas de “búfalos” que todavía existían en los años setenta y que requerían de un vigoroso esfuerzo, que no se hizo, para restringir las matanzas. Llamó asesinos a los que los derribaron por sus lenguas, o por “sport” desde los trenes. A partir de las cuentas de una compañía ferroviaria calculó las ganancias en cuanto a cueros, abrigos, carne y huesos. Sobre estos últimos indicó que seguían en importancia a las pieles y que en el este se formó un mercado de toneladas de ellos que los convertía en fosfato para fertilizar y, sobre todo, en carbón para el refinamiento del azúcar.⁵⁹ Como una prueba de la no actuación del gobierno estadounidense al respecto reseñó algunos esfuerzos

⁵⁵ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 156.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 82.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 66.

del Congreso entre los años de 1871 y 1876 que, sin embargo, nunca se llevaron a la práctica. Por último, dio cuenta de que hacia el final del decenio de los ochenta había cerca de 456 bisontes en cautiverio que eran propiedad de algunos particulares, o de los parques nacionales, o de los zoológicos y los museos, y no creía posible que la especie sobreviviera en estado salvaje. En 1905 Hornaday creó la American Bison Society que se encargaría no sólo de contar la historia de esos animales sino de interesarse por su reproducción y conservación.



Para 1892 los bisontes no eran más que un sueño. Así lo expresó el etnólogo, zoólogo, naturalista y prolífico e influyente escritor neoyorkino George Bird Grinnell, en un largo y nostálgico artículo titulado “El último búfalo”, que apareció en ese año en *The Annals of America*. Heredero de los trabajos de Theodore Davis, J. A. Allen, Richard Irving Dodge, y William T. Hornaday, recreó además para sus lectores “los viejos tiempos” de las grandiosas manadas en los apacibles pastizales.⁶⁰ Éste autor, que hiciera algunos esfuerzos por la conservación de los bisontes a partir de su desaparición masiva, aclaró que no iba a contar “la trágica historia de su exterminio”, porque ya se había escrito muchas veces, y prefería ahorrarse “los detalles nauseabundos de su carnicería”. No dejó, sin embargo, de agregar datos importantes, como el de que las pocas manadas que hacia el decenio de los ochenta quedaban en Texas, y que eran llamadas por algunos “el búfalo del sur”, –diciéndose, además, que provenían de México–, eran los mismos de antes, sólo que, por su necesidad de escapar, se habían convertido en animales más flacos, con las piernas más largas.⁶¹ También puso en duda, como algunos pensaban, que los bisontes realizaran largas migraciones entre Saskatchewan y Texas –eso le parecía una exageración– proponiendo

⁶⁰ George Bird Grinnell, “El último búfalo” (1892), en Silvia Núñez García, *EUA, Documentos de su historia socioeconómica III*, v. 6, México, Instituto Mora, 1988, p. 380. Esta autora tomó el texto de *The Annals of America, 1493-1976*, Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1976, v. II.

⁶¹ *Ibid.*, p. 383.

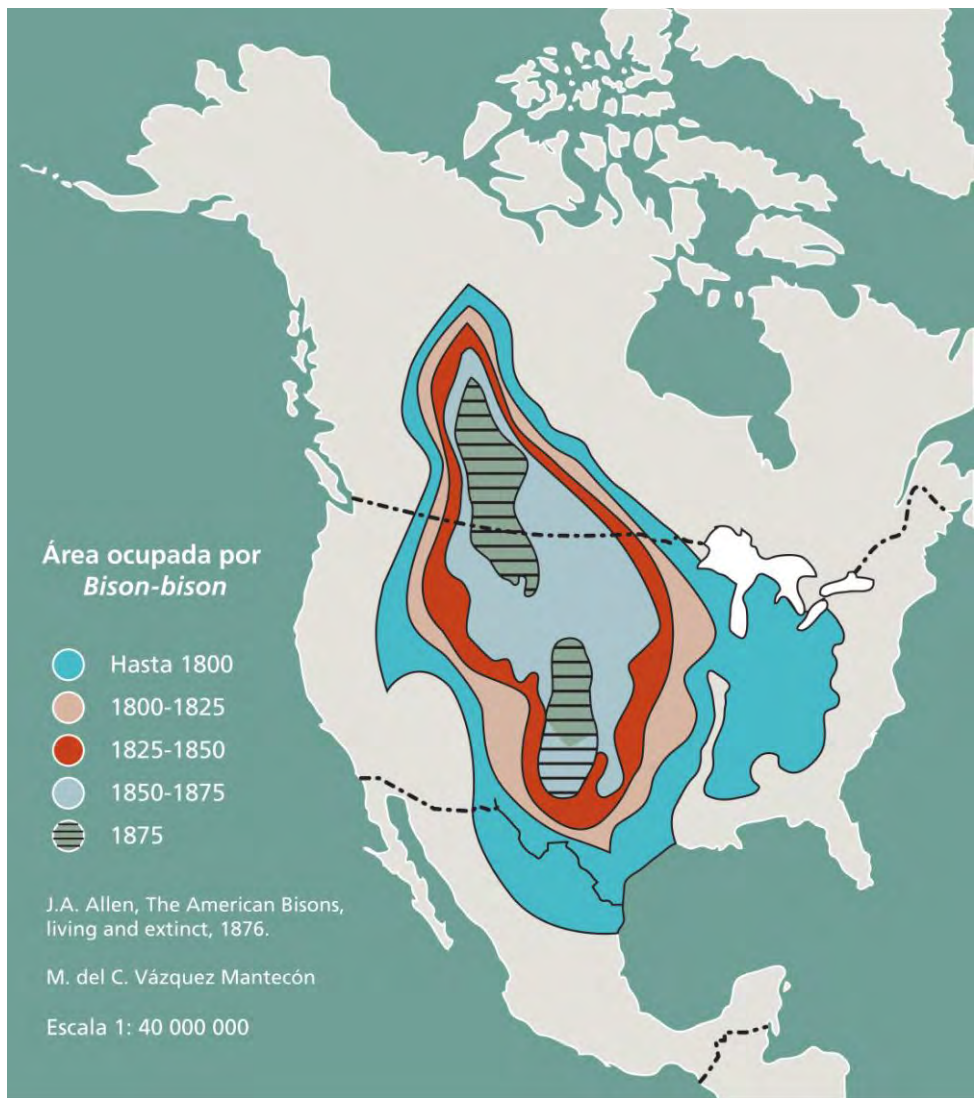
que hacían “algunos movimientos” de norte a sur y de este a oeste “en ciertas temporadas”. Por otro lado, se refirió a la caza del “búfalo” como un “deporte excitante” y contó su propia experiencia como cazador, sobre todo cuando lo hizo acompañando a varios indios de las llanuras.

En los años que escribía su artículo todavía podían encontrarse calaveras de bisontes medio enterradas, a punto de desmoronarse, al tiempo que los profundos senderos que esos animales habían abierto en sus recorridos, ya estaban totalmente cicatrizados y cubiertos de pasto. Con una terrible añoranza expresó, como si fuera un epitafio, que en el momento en que esas reliquias desaparecieran “no se encontraría ni un solo rastro del búfalo norteamericano, que alguna vez oscureció [esos] ilimitados dominios”.⁶²

⁶² *Ibid.*, p. 385 y 387.



1. *Bison-bison* en Nueva España y México, María del Carmen Vázquez Mantecón.



2. Área ocupada por *Bison-bison*, según J. A. Allen, *The American bisons, living and extinct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1876. Dibujo de María del Carmen Vázquez Mantecón.